

Volvió el Rey con la mayor parte de su ejército á Castilla, no sin hacer sentir antes su mano poderosa en Bongel, Pegalajar, Montijar y Cadena; pero no quedaron ya del todo desocupadas las provincias granadinas. Dejó por adelantado de la frontera al mismo Castro; y cuando al año siguiente de 1227 volvió á trasmontar el Puerto, no tuvo ya necesidad de emplear las armas desde el momento en que pisó la tierra de Andalucía. Pasó desde luégo á Andújar: sabedor allí de que se dirigía á su encuentro su vasallo Mohamed con buen cuerpo de auxiliares, se adelantó para más obligarle, le recibió con cortesía y dulzura, y obtuvo de él la concesión de los castillos de Burgalimar, Capilla y Salvatierra. Fué á ocuparlos, y ocupó sin resistencia Burgalimar y Salvatierra; mas no pudo lograr así la entrega de Capilla, cuyos defensores se dispusieron á luchar hasta con su mismo emir, si éste añadía á su debilidad el descaro de ir á sujetarlos con sus armas. Tuvo que hostilizarla y emplear todos los medios de guerra en la conquista; y aunque la ganó, no fué sin haber perdido tiempo, soldados y hasta al mismo Mohamed, que pagó al fin con la vida su alianza con el Rey cristiano. Enviábale Mohamed desde la ciudad de Córdoba vituallas y pertrechos de guerra; y airados los suyos al ver que así contribuía á la ruina de los fieles, se alzaron en abierta rebelión contra él, le persiguieron en su fuga hacia Almodovar, y acabaron con él en la cuesta misma del castillo (1).

inde procedens cepit Pegum, et captis incolis et occisis munitionem funditus desolavit; et veniens ad oppidum quod Alhama dicitur, captis habitatoribus et occisis locum devastatione simili dissipavit; post quod ad propria cum exercitu remeavit.» (*De rebus hisp.*, lib. 9. cap. 2.) Constan ya en esta concisa relación los principales hechos que hemos historiado: la conquista de Isnatorale, torre de Albrit, San Esteban y Chiclana, el cerco de Jaén, la toma de Priego y Alhama. La toma de Loja consta á nuestro modo de ver en los Anales Toledanos segundos, donde leemos: «El rey D. Ferrando cercó Jahen é Losa.» Esta Losa ¿puede ser otra ciudad que la de Loja? La capitulación de Granada y los hechos subsiguientes es lo que tiene fundamentos menos sólidos: no constan sino en la *Historia General*, de la cual hemos tomado todos los detalles de esta campaña.

(1) En la relación de esta campaña, que fué la quinta, andamos casi sin más luz que la que arrojan el autor de la *Historia General* y los cronistas. En el Arzobispo de Toledo no encontramos otra noticia que la de la toma de Capilla. «Et procedens

Fué esta muerte, según los cronistas, de graves consecuencias. Intentaron sublevarse contra San Fernando Martos y Andújar, y al saberla el pueblo de Baeza, tomó las armas y atacó tan de improviso el Alcázar, que sorprendidos los cristianos que lo ocupaban, apenas encontraron medio ni aun de salvar sus vidas. Estaban faltos de víveres, rodeados de enemigos y sin esperanza de ser en mucho tiempo socorridos: veían difícil la defensa, expuesta la retirada é inminente el peligro: eran pocos y habían de luchar con todo un pueblo: encontraban para todo dificultades, para nada remedio. Defendiéronse por muchos días; mas creciendo la escasez, debieron al fin intentar la fuga y probar si cuando menos podrían abrirse paso con la espada. Armáronse en silencio, aguardaron á que cerrara la noche, que fué por demás oscura, herraron al revés los caballos para mejor engañar á sus contrarios, salieron por la puerta que daba al campo, y buscando camino entre breñas y precipicios, lograron llegar sin ser oídos de los moros hasta el lugar que hoy llaman la Asomada. Estaban ya entonces libres del mayor peligro; mas volviendo los ojos, dice una tradición, para contemplar por última vez á Baeza, que dejaban con mucho quebranto, vieron con sorpresa sobre una de las torres del Alcázar una cruz resplandeciente que echaba de todas sus partes vivos rayos, y se detuvieron sin atreverse á dar más allá un paso. El maestre de Calatrava, D. Gonzalo Ibáñez de Novoa, que los dirigía, vió en la cruz un aviso del cielo, y creyendo que era voluntad de Dios que no dejasen desamparada aquella fortaleza, los movió á volver á ella aunque debiesen morir en el camino ó quedar sepul-

iterum contra mauros obsedit Capellam, castrum munitissimum in diocesi Toletana et diutinus impugnationibus tandem cepit et expletis quatuordecim ebdomadibus expeditionis ad urbem regiam est reversus.» (*De reb. hisp.*, lib. 9. c. 13.) Menos dicen aún los Anales Toledanos segundos: «El rey D. Ferrando prisó Capiella. Era MCCLXIII.» (An. Tol. segundos, en Flórez, tomo 23. pág. 407.) Esta fecha ha de estar también equivocada: de otro modo deberíamos suponer que entre los años 1224 y 1225 pasaron todos los hechos que de San Fernando llevamos referidos, cosa que no podemos suponer ni creer en vista de los textos anteriormente citados.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA

tados después entre las ruinas de muros y torreones. Consintieron todos en retroceder, desherraron los caballos para proseguir el ardid, despacharon mensajeros al Rey pidiéndole socorro, y alumbrados por la milagrosa cruz, regresaron tan calladamente al Alcázar como de él habían salido.

Rayó el día, y creyeron los moros por las huellas de los caballos que había entrado gente de refuerzo en el castillo. Cundió de boca en boca la fatal nueva, y con esta la alarma y el espanto. Pensó el pueblo ver ya sobre sí las lanzas cristianas, empezaron á llorar los hijos en el regazo de sus madres, las mujeres á los piés de sus maridos; y como si sintieran que se estremecía la tierra, todos abandonaron precipitadamente la ciudad, dejando solo en ella á un anciano desvalido y enfermo que no encontró quien le tendiera una mano protectora. No favoreció poco á los cristianos el suceso: bajaron al saberlo á la ciudad, cargaron con cuantas vituallas y armas encontraron, y se recogieron otra vez al Alcázar, ya seguros de que no deberían abandonarlo por mucho que tardase en socorrerles San Fernando.

Volvieron á poco los moros sabedores ya del engaño, y les pusieron de nuevo cerco y les combatieron con mayor ahínco; pero fueron infructuosos sus esfuerzos. No hallaron en todos sus desesperados ataques sino la ignominia y la muerte, y debieron sucumbir al fin á la fuerza de su destino. Auxilió San Fernando á los de la plaza con quinientos infantes al mando de D. Lope Díaz de Haro; y apenas se reunieron estos con los sitiados, cuando invadiendo todos la ciudad, cayeron con tal ímpetu sobre ellos, que los arrollaron y les obligaron á ponerse en fuga. Quedaron los cristianos dueños de la ciudad, la pasaron á degüello, y ya ebrios de venganza, llegaron á cometer la barbarie de pasar por el filo de sus espadas á las mujeres y los niños (1).

(1) Acaeció este hecho, según las crónicas andaluzas, en el día 30 de Noviem-

Con esta terrible caída de Baeza aterróse toda la comarca. Perdieron los moros toda esperanza, y no se osaba siquiera desplegar los labios para manifestar el odio y el horror que se sentía. Les parecía ver encadenada la victoria á las banderas de San Fernando, y empezaban á creer que era temeridad llamar contra sí el furor de sus ejércitos. Hallábanse, además, en mal estado: estaba todo el imperio desgarrado por las guerras civiles. Cid-Abu-el-Ola acababa de rebelarse contra su hermano El-Adhel, y se iban preparando escenas muy sangrientas. No se podía ya pensar en reunir para detener al coloso ejércitos como los que vieron las orillas del Guadiana y la llanura de Alarcos contra el poder de Alfonso el Batallador y Alfonso VIII.

Nada podían ni pudieron hacer por mucho tiempo contra los cristianos. Abu-el-Ola fué luégo proclamado, y asesinado El-Adhel su hermano; mas ¿cupó ni cabía al nuevo emir poner un dique á las rebeliones que mantenían en continua agitación el imperio? No había aún recibido el juramento de fidelidad que le enviaron los almohades de Marruecos, cuando estos le habían ya depuesto y conferido á Yahyah-ben-el-Nasr el emirato. Combatió con Yahya y le venció: se vengó cruelmente de los que se habían declarado contra él, llenó de cabezas las almenas de su corte, abolió el consejo de los jeques, siempre dispuesto á mudar de jefe y alzar la mano en resucitar discordias y guerras fratricidas; pero no logró tranquilizar ese reino de Andalucía, donde estaban hirviendo los partidos y brotando sin cesar hombres que codiciaban la corona. Levantóse á poco de vencido Yahyah-Abu-Abdala-ben-Hud, uno de los más gallardos des-

bre de 1227 en que celebra la Iglesia la fiesta de San Andrés. Hay para creerlo así una razón bastante satisfactoria. Pegado al fuero de Baeza, según dice Jimena, había un Kalendario de Jueces en cuyas primeras líneas se leía que en 1228 era juez de la ciudad Muño de Priego (JIM. *Anales del reino de Jaén*, pág. 128). Cuando menos, hemos de suponer que no pudo tener lugar la conquista más acá del 1228. La crónica y la tradición están por otra parte acordes en que lo tuvo en el día ya mentado. (V. el capítulo sobre Baeza.)

endientes de los antiguos emires de Zaragoza, y le hizo mientras vivió una guerra á muerte.

Era ben-Hud resuelto y audaz; y apenas se vió proclamado por los suyos en Escariantes, lugar fragoso de la Alpujarra sito entre Berja y Urjijar, no perdonó medio para hacerse parciales y encender en su favor el ánimo de la muchedumbre. Empezó á hablar contra los almohades, los llamó á voz en grito herejes, y suponiendo profanadas por ellos las mezquitas, las mandó purificar con lustraciones y otras ceremonias religiosas. Recordó al pueblo las vejaciones que por ellos sufría, se ofreció á vengarlas, prometió librarle de la rapacidad y tiranía de los walíes, abolir todos los tributos arbitrarios, no imponerle sino los que estaban prescritos por las leyes. Lamentó en público la desgraciada ruina de sus antecesores, y en señal de quebranto y desconsuelo vistió é hizo vestir de luto á la nobleza. Llevó desde entonces negro el albornoz y negro el estandarte que le precedía. Conocía al pueblo, y le hablaba á los ojos y al corazón para arrastrarle mejor tras el carro de su fortuna (1).

Y lo alcanzó. Organizó en breve un ejército, puso en movimiento todo el país, y no tardó en poder arrostrar frente á

(1) «In diebus hujus regis Fernandi, dice el Arzobispo, surrexit quidam nomine Abenhut in castro Rechoc in territorio murciense et coepit contra almohades rebellare qui cismarinos arabes adeo crudeli dominio opprimebant: quod de facili Abenhuti proposito consenserunt, et obtenta Murcia et finitimis oppidis et castellanis omnes almohades quos habere potuit capite detruncavit, et omnes mezquitas presentia Almohadum judicans inquinatas aspersione aquæ fecit á suis sacerdotibus expiari et armorum suorum insignia fecit nigra quæ in bellis et alibi perferbat quasi luctu persignans excidium gentis suæ; et in modico tempore obtinuit Wandaliæ Hispanorum præter Valentiam et confinia in quibus Zaen de genere regio rebellavit. Erat autem Abenhut de genere Abolraget olim regis Cæsaraugustæ; et cum fere monarchus in cismarina Wandalia haberetur, audacia, largitate, justitia, veritate prout gentis ejus infidelitas seu vessutia tolerat prominebat. Sic á quodam suorum qui Abenroman dicitur invitatus ad epulas et delicias familiares quas gentis illius colit voluptas factione hospitis et vasalli occiditur in conclavi apud præsidium Almarix.» (*De reb. hisp.*) Nada refiere aquí D. Rodrigo que no esté enteramente conforme con lo que de este moro audaz cuentan los escritores árabes y vamos á referir nosotros: tanta exactitud dice mucho en favor de tan célebre Arzobispo, uno de los historiadores de más claro ingenio que ha tenido España.

frente la cólera y el poder de Abu-el-Ola. Abu-el-Ola, que había partido á Marruecos después de la derrota de Yahya, volvió á España para contrarrestarle y abatirle; mas no pudo ya, á pesar de haber venido con huestes numerosas y haber ante todo sentado treguas con el Rey cristiano. Encontráronse los dos en la campiña de Tarifa, y después de dos días de una de las luchas más sangrientas, se declaró la victoria por ben-Hud, que hizo morder el polvo de la tierra á los dos más bravos generales enemigos. Fué esto un golpe terrible para los almohades: creció el partido de ben-Hud, y lleno éste de la mayor osadía, se decidió á arrojarse sobre el reino de Murcia, que conquistó mientras entraba de nuevo en Andalucía San Fernando.

Apreció San Fernando en su debido valor la coyuntura que para extender sus dominios le ofrecían estas discordias; y concluido ya el plazo de las treguas concedidas á El-Ola, abrió su sexta campaña á principios de 1230. Dobló el Puerto y fué directamente sobre Jaén, á la que consideraba como una de las llaves del reino de Granada; pero no fué más afortunado en este que en el otro sitio. Llevó consigo gran número de ingenios y máquinas de guerra con que por muchos días atormentó sin descanso á la ciudad, taló otra vez la tierra, estrechó cuanto pudo el cerco; pero convencido al fin de la inutilidad de sus esfuerzos, y previo el consejo de sus Ricos-Hombres, creyó deber levantar los reales y retrocedió á Castilla, en cuyo camino supo la muerte del Rey de León su padre (1). No tuvo tanta suerte como ben-Hud, que no sólo logró coronarse emir en Murcia, sino que volvió á derrotar el partido de Abu-el-Ola, pasó dentro de poco á Granada, la ganó auxiliado por los habitantes que se sublevaron contra los almohades, y recibió allí el

(1) «Post hæc iterum obsedit Giennum et machinis validis impugnavit; sed videns quod civitas tanta fortitudine preminebat, quod non posset humano ingenio expugnari, habito magnatum suorum concilio inde recessit; et cum Abdasalfertiam pervenisset, rumor advenit patrem suum ab hoc sæculo decesisse.» (*De reb. hisp.*)

homenaje de los alcaldes del país, ya todo suyo exceptuando el partido de Almuñecar, donde residía aún Yahyah con el resto de sus tropas.

No emprendió San Fernando otra expedición hasta el año 1234 (1); mas no por esto dejaron de hacer algaradas los cristianos por el suelo de las provincias que estamos historiando, y siguieron siendo el principal teatro de la guerra para los castellanos y los árabes. Invadieron del 1231 al 1232 el territorio de Cazorla, ocuparon muchos fuertes, y según las mismas crónicas árabes, llegaron á tomar á Castalla, de la que fueron pronto rechazados. Vivían así los pueblos de estas provincias continuamente en lucha. Tenían al Norte á los cristianos, que los asolaban con sus frecuentes incursiones; tenían agitado el Mediodía por toda clase de pasiones, y no podían esperar socorro de nadie sin vender antes á un partido su sangre y la sangre de sus hijos. Pasaban de una en otra mano, y se veían obligados á inclinarse humildemente ante los que más protegía la suerte de las armas.

Crecieron los infortunios, y se complicaron aún mucho más los sucesos después de la muerte de Abu-el-Ola, acaecida en 1232. Yahya-ben-el-Nasr presentó nuevamente sus derechos al emirato y volvió á tomar las armas. Ben-Hud, que contaba ya con un partido poderoso, redobló sus esfuerzos y no quiso reconocer á Yahya. Entró éste en Arjona con crecido ejército, concentró allí todas sus fuerzas, las entregó á su sobrino Mohamed-el-Ahmar, en quien creían ver los árabes al heredero

(1) La muerte del rey de León, su padre, fué la principal causa de esta larga suspensión de armas. Había éste nombrado en testamento herederos de su reino á sus hijas D.<sup>a</sup> Sancha y D.<sup>a</sup> Dulcia, habidas en su primera mujer Teresa; y apenas murió, dividióse León en dos bandos que pretendían encumbrar al trono, el uno á las infantas y el otro á San Fernando. No ocasionó esto guerra alguna, pues desde que San Fernando llegó á León reunió las dos coronas en sus sienes, y los pueblos se fueron allanando á lo hecho sin que fuera necesario derramar una sola gota de sangre; pero dió motivo á negociaciones y complicaciones que exigieron por dos años la presencia y los cuidados del nuevo sucesor del reino. No estuvo San Fernando enteramente libre de tales negocios hasta el 1233.

de Almanzor el Grande, y le mandó abrir en continente la campaña (1). No fió Yahya á mal caudillo sus pretensiones al solio almohade, porque cayó El-Ahmar al frente de su caballería sobre Jaén y la tomó en el mismo año por asalto. Mas nada adelantó; partió al África para combatir á Raschid, hijo de Abu-el-Ola, y fué cuatro años después asesinado. Su sobrino, sucesor de su derecho y de sus deseos de venganza, pudo más que él: no conquistó el imperio almohade, pero supo reunir los restos del antiguo califato y fundar el reino de Granada.

En tanto los cristianos, favorecidos por estas mismas discordias, iban adelantando sin cesar en sus conquistas. Quesada gemía otra vez bajo el yugo de los infieles; y el intrépido arzobispo de Toledo, á quien la cedió San Fernando en recompensa de lo mucho que hizo por la paz del reino de León, apenas vió asomar la primavera del año 1233, cuando reunido el ejército y otra mucha gente de armas fué á tomarla, la ganó y sentó en ella su cuartel de guerra. Dominaba desde allí Don Rodrigo todo el Adelantamiento de Cazorla, y no pasaba casi día sin llevar la espada contra alguno de los muchos castillos y lugares que coronaban las cumbres de toda la comarca. Fué conquistando sucesivamente Pilos, Toya, Torres del Lago, Higuera, Liruela, Dos Hermanas, Villamontín, Araismo, Fuente Julián y otras fortalezas; taló la Vega y tomó al fin á la misma Cazorla, último objeto de sus votos y de sus esperanzas. Debía á menudo dejar esta guerra para pasar á la corte de San Fernando, donde le llamaban los negocios graves del Estado; pero volvía siempre á ella con el mismo deseo de llevarla á cabo, y no perdonaba medio para poner lo ya sujeto por sus armas á cubierto de nuevas invasiones. En 1243 conservaba aún bajo su

(1) He aquí cómo habla de este joven El-Ahmar el arzobispo D. Rodrigo al mentarle por primera vez: «... invaluit arabs quidam dictus Mahomet Abenagmar qui paulo ante boum et aretra sequebatur.» (*De reb., hisp.* I. c.) ¿Fueron tan humildes los principios de este ilustre príncipe? Tocaremos esta cuestión en otro capítulo.

poder todo lo que había conquistado en el Adelantamiento (1).

Siguió luego San Fernando la serie de campañas interrumpida en 1230 por su advenimiento al trono de su padre Don Alfonso; y apenas pueden los escritores árabes de aquellos tiempos contar sin conmoverse las desventuras que sobre ellos pesaron y las ricas joyas que perdieron. El-Ahmar ganó en 1234 las ciudades de Loja y Alhama y toda la sierra de este nombre; pero en cambio tuvo que humillarse ante las banderas cristianas Úbeda, que albergaba millares de combatientes dentro de sus muros y torreones. Estaba bien defendida y pertrechada y podía resistir un largo sitio; mas fueron tales los ataques que recibió, que llena de espanto no tuvo ya aliento para pedir la libertad, pidió la vida (2). Iznatorafe y San Esteban, ocupadas de nuevo por los moros, volvieron en 1235 á ver enarbolado el pendón de la cruz en sus almenas (3), y

(1) «Tunc rex Fernandus dedit Caseatam jure hæreditario Roderico archiepiscopo toletano, quæ tamen jam aliquantulum reparata à sarracenis incolis tenebatur. Sic Rodericus, evolutis à donatione tribus mensibus, exercitu congregato ivit Caseatam cum multitudine armatorum et expulsis mauris qui ruinas oppidi reparabant, illud retinuit, et ad honorem regis qui illud dederat Ecclesiæ Toletanæ custodivit hactenus et custodit cum aliis castris scilicet: Pilos, Toyam, Lacra, Agosmo, Fonte Juliani, Turribus-Dela, cum Ficu, Alaulula, Areola, Duobus-Germanis, Villa-Montini, Nubila et Castorla, Concha et Chelis.» (*De reb. hisp. l. c.*) Gastó sobre ocho años el arzobispo en la conquista de estos lugares: por el Calendario de Jueces de Baeza, Calendario del que sacó muchas noticias Jimena, sabemos que no ganó Cazorla hasta el 1240. En 1240—decía este documento—era juez de Baeza «D. Bernardino, hermano de D. Yague, quando fué presa Cazorla.» (Véase á Jimena, *Anales Eclesiásticos del Obispado de Jaén*, página 139.) ¿Dónde existirá ahora ese Calendario? Hemos examinado escrupulosamente el archivo de Baeza, y no hemos dado ni con él ni con el Fuero con el que, según Jimena, estaba unido. Sería lástima que hubiese desaparecido, porque era un documento importantísimo. Estaban consignados en él los principales hechos de la conquista de Andalucía y aun de la de Murcia, y consignados con una exactitud en las fechas nada común en los manuscritos de la época que vamos historiando. Nos apoyaremos muchas veces en él para terminar la relación de estas campañas de San Fernando.

(2) «Post hæc iterum rex Fernandus obsedit Ubetam, oppidum populosum bellatoribus et munitione magna tutatum; sed adeo fortiter impugnavit, ut conclusi, salvis corporibus oppidum resignarent et tunc rex, oppido acquisito, ad urbem regiam est reversus æra millesima ducentesima septuagesima secunda.» (*De reb. hisp. l. c.*)

(3) Consta esto por el ya citado Calendario de Jueces: 1235. D. Diego el Al-

en 1236 Córdoba, la ciudad de las ciudades de Andalucía, la brillante corte de los Omniades, la segunda ciudad santa del vasto Imperio del Profeta, tuvo que doblar la rodilla ante el héroe cristiano, y ver envueltas en nubes de incienso las columnas de su mezquita, y sentir cómo se estremecían al sonido de nuestros cánticos sagrados las doradas techumbres de tan rico templo. Córdoba no era ya sino su sombra; pero estaban vinculados en ella los más grandes recuerdos de los árabes; y apagó en su caída muchas esperanzas y arrancó lágrimas de todos los buenos musulmanes (1).

No bastó, empero, tan fatal ejemplo para restablecer la paz y la unión entre los que habían logrado crearse un partido en las provincias granadinas. Siguiéron ben-Hud y El-Ahmar con las mismas pretensiones; opúsose la perfidia á la fuerza, y á poco se rasgó aún en más pedazos que antes el manto del Imperio de los Abdelrhamanes. Ben-Hud se había dirigido á Córdoba para socorrerla; mas, temiendo el número y el valor de sus enemigos y llamado por Zeyán, emir de Valencia, que veía ya sobre sí la espada poderosa de Jaime de Aragón, se dirigió á largas jornadas á este último reino con el afán de ensanchar sus dominios. El-Ahmar, llevado sólo de su ambición personal, no pensó tampoco más que en extender su poder á Guadix y Baza, plazas que hizo suyas antes de que supieran los demás la muerte de su tío; y dejaron así los dos abandonada su patria á su destino. Mas pagó caro ben-Hud este abandono. Llegó á Almería, y Abdelrhámán que la gobernaba le hospedó en su alcázar. Tratóle éste con afabilidad y hasta con respeto, le agasajó con brillantes fiestas y un espléndido banquete, y cuando apenas estaba apagado el rumor de los brindis, él, que

guacil quando fueron presas Santistevan et Aznatoraph. (*Ann. Ecles. de Jaén*, página 137.)

(1) El-Makkari, después de la toma de Sevilla por el mismo San Fernando, escribió un bello poema elegiaco que ha traducido y publicado Romey. En él leemos: «¿Dónde se halla Córdoba, mansión de los ingenios? ¿dónde están aquellos sabios que moraron en su regazo?» (ROMEY, tomo III, cap. 8.)